

## «BOUS» FRANCESES EN LAS SEIS MILLAS DE LITORAL ESPAÑOL

Es temprano, la luz todavía no rompe por el Este, y con la frescura de la mañana ya están los hombres prestos para embarcar. Son pescadores de «bajura», que, como tantos otros en el Cantábrico, marchan a recoger las redes tendidas el día anterior. En el tramallo está su vida, y gracias a estos trabajadores del mar, «la gente de tierra adentro» lleva a su mesa pescado costero, como merluza, lenguado, rape, salmonetes, chicharro, etcétera.

No perdemos en ningún momento de vista la costa, distante unas dos millas. Balizas identificadas convenientemente señalan dónde se tendieron las «bolantas» el día anterior. Pronto dará comienzo la faena.

La tripulación mira hacia la mar, señalando frente a nosotros barcos que para mí resultan imaginarios. Sigo sus indicaciones, me esfuerzo y, finalmente, veo dos manchas negras, una a popa de la otra, cada vez más nítidas. Dice el patrón que están como a una hora de nosotros. Son «bous» franceses, barcos de enorme potencia, chatos en la estampa de popa, que barren una y otra vez el fondo del mar, embolsando todo cuanto cobra su aparejo de arrastre. Evidentemente, tomando nuestra posición, están «trabajando» dentro de las seis millas de litoral español, según los tratados internacionales.

Con los negros barcos de fondo da comienzo la subida de la red a bordo: una merluza grande, nada, nada, dos juntas, algún chicharro, otra merluza mediana, pieza tras pieza se amontonan en el barco hasta kilómetro y medio de red en tres horas escasas de trabajo. Después de estar veinte horas en el agua, la red sólo ha cobrado 4.000 pesetas. Poco, bien poco, si se piensa que el «quiñón» se reparte entre varios.

El armador me explica:

—La merluza se halla más dentro, a sesenta y cincuenta brazas de profundidad; pero ahí no podemos echar las redes al desamparo de la costa. Los «bous» franceses, aparte de quemar todo el pescado del litoral, al seguir con la sonda la carnada, nos revientan los aparejos sin variar el rumbo ante nuestras señales. Aún el año pasado nos llevaron trescientas mil pesetas de aparejo, más de sesenta piezas de «bolantas». Trabajo nos costó recuperarnos.

—¿Y la vigilancia costera española? ¿Acaso no denuncian la presencia de estos invasores a las autoridades de Marina?

El patrón sonríe y se muestran socarrones sus compañeros.

—Nada, no hay nada, chico..., es igual; pocos y viejos barcos de la Armada, que sólo conservan de su cometido el nombre de guardacostas.

Sintonizada la onda pesquera, de fondo se oyen voces metálicas que hablan de hasta seis «bous» piratas en puntos diversos del litoral. Voces sin calor, que denuncian a los compañeros la presencia de aquel peligro en la pesca de «bajura».

—Este barco —dice el patrón— está haciendo quinientas mil pesetas al año, y podía fácilmente obtener de cuatro a seis millones de pesetas por año. Hacía fuera, sin salir de nuestras aguas, hay más merluza, pescado que nos beneficiaría a nosotros y a todos los ciudadanos. Podemos producir más, pescar más, pero no nos dejan pescar.

«Estos extranjeros bien se cuidan de que no toquemos en sus aguas. En verano hacen el agosto a nuestra costa, y en invierno, cuando la mar no está para excursiones, tienen el pescado intacto sólo para ellos. Nos quitan a los españoles lo nuestro ante nuestras propias narices, y por si fuera poco, nos llevan las artes de pesca tendidas en el fondo.

«Cuando nos quejamos nos dicen que pesquemos en otro sitio, que la mar es muy grande.

«Esto acabará estallando algún día. Si dejáramos de ir a la mar, no habría pescado y se ontaría la opinión pública de lo que pasa. Poco a poco vamos tomando conciencia solidaria en el problema; pero, ¿qué comeremos los marineros si vivimos casi al día de lo capturado? No podemos afrontar voluntariamente dos semanas sin trabajar.

—¿Y cómo no proponen alguna solución en la cofradía, el sindicato, algo que termine con esta situación tan ofensiva? —replíco yo.

Me mira indulgente, las manos en el bolsillo, y tras sonreír, prosigue como si no hubiera oído mi pregunta.

—Terminaremos reventando si no se soluciona pronto. No podemos estar todo el día vigilando los aparejos por temor a que los demadejen los «bous». Si no hay pesca, no hay jornal; el pescado está en el litoral, pero en una franja de cuatro a seis millas de tierra. Si continúa así la situación, nos terminaremos juntando diez o doce barcos para defender lo que es nuestro. Volveremos a la Prehistoria si luchamos por lo que pertenece a todos los españoles, pero no hay otro camino.

«No hace tiempo, un compañero presencié cómo uno de esos barcos les arrastraba el aparejo. Se acercaron a su costado reclamando lo que era de ellos. Todo un capitán les respondió pistola en mano, tirando al aire con gestos obscenos.

«Ellos andan armados y nos mandan a paseo. Son más fuertes y tenemos las manos atadas. Todo tiene un límite; si no nos protegen como es de esperar, nos defenderemos nosotros mismos.

No tengo más remedio que callarme. No les dejan pescar lo que es suyo, de todos los españoles.

Mientras regresábamos a casa, un barco de guerra, un destructor español, pasa a toda máquina por estribor, rumbo a El Ferrol, levanta por la popa surtidores de espuma. Los barcos negros están en el horizonte. ¿Cuánto tardarán en volver?

■ J. F. P.

Simone de Beauvoir decía que puede reconocerse como "de derechas" a una persona en cuanto se la oye decir que es "de izquierdas". Pobrecita. En aquella época, hace dos decenios, la confusión no era tan importante como ahora. La torre de Babel del lenguaje político estaba todavía en sus cimientos. Era la época

en que su compañero Jean-Paul Sartre decía que «l'esprit est à gauche». Pobrecito. El espíritu —la capacidad de pensar— habrá que buscarlos hoy, en política, con un candil bastante más potente que el que usaba Diógenes para buscar al hombre. Más tarde se encontró otra fórmula para hallar al ciudadano de derechas: era aquel que negaba que había derecha e izquierda. Dentro de esa negativa, aún mantenía su débil aspiración a ser considerado como de izquierdas. El profesor Maurice Duverger lo explicaba: son ciudadanos que "primero, rechazan la distinción misma entre derechas e izquierdas; segundo, cuando no lo consiguen completamente, rechazan confesarse de derechas y se esfuerzan en aparecer como de izquierdas". ¿No hay una contradicción? Si "La primera conducta tiende a devaluar la palabra 'izquierda', expresión de una oposición anormal, malsana, que no existe en una sociedad bien constituida; la segunda, a valorizarla, pero apropiándose de esa valoración. De hecho, esta es una conducta de sustitución que se emplea cuando la otra ha fracasado".

Todavía está vigente esta idea, dentro de la vigencia que pueden tener las proposiciones profesoras. Pero hay novedades. Una de ellas consiste en considerar a todos los demás de derechas. En España pasa mucho, y suele relacionarse con la palabra "trampa". Es un amaneramiento peculiar. Se ve, por ejemplo, una película manifiestamente de izquierda (ahora, "Confesiones de un comisario" o "En nombre del pueblo italiano") y se grita en



### UNA CIERTA TORRE DE BABEL

seguida que tiene "trampa": es una manera de negar que cierta expresión de la izquierda es posible, de afirmar el derecho a la propia inexpressividad y de asentarse en la izquierda apropiándose de la famosa voz de Lenin: "A mi izquierda, nadie". Postura o manera de quien hace ver que es de izquierda, pero

no puede serlo porque no se puede ser.

La forma retórica más hermosa es aquella que permite acusar a una persona de ser de izquierda y de derecha al mismo tiempo. No con la connotación meliorativa que pudieran tener cada una de las dos oposiciones, sino con la peyorativa: de la izquierda "mala" y de la "derecha mala". Por ejemplo: "Tú has sido de derechas, eres de izquierdas y volverás a ser de derechas". O a la inversa: "Fuiste de izquierdas, eres de derechas y volverás a ser de izquierdas". A veces se requiere para ello un enorme esfuerzo de violación del lenguaje. Y de la verdad objetiva (pobrecilla). ¿Qué importa? Shelley se contenta ante la violación del lenguaje: «A word is too often profaned for me to profane it». Pobrecillo. Poeta y decimonónico, no tenía ningún porvenir y se murió. Su mujer escribió una novela, escribió Frankenstein y todavía vive literariamente. Estaba más en el sentido de la historia de la sociedad: en el sendero de los monstruos.

No es difícil hoy violar, profanar las palabras. Y las personas morales. Se cuenta con su perplejidad, con su ética, quizá con su silencio. Se cuenta con su indefensión.

La torre de Babel fue destruida. La confusión de lenguas impidió que los soberbios obreros de Senaar la construyeran. Nunca más se han vuelto a recomponer los idiomas. Quizá nunca más se sepa qué contienen los vocablos clásicos, dieciochescos, izquierda y derecha. Pero su sentido les precede. Y les sobrevive. ■

POZUELO